

Mi Terraza



No todo el mundo tiene la suerte de poseer una hermosa terraza en una calle alegre y pintoresca de un pueblo tan bonito como el suyo propio. Yo sí soy uno de esos afortunados. Y mi terraza es como alta e inmensa atalaya, con soñadas almenas, expuesta a todos los vientos y dominando un paisaje de *de* cine: el pueblo, perezosamente recostado sobre el regazo del río, la vega ubérrima y el calcinado secano.

Desde mi terraza, en las quietas noches agosteñas, encuentro tan a la mano las estrellas, que echo más de un párrafo con ellas. O requiebro a la enamoradiza luna lunera, o cabalgo a lomos de un "sputnik" cualquiera a lo largo y ancho del camino de Santiago, por tierras nostálgicas de historias y leyendas. En mi terraza, bolígrafo en ristre, he sostenido mis mejores entrevistas con los personajes más famosos que desfilaron por estos lares: El Cid, Alfonso el Sabio, la Reina Isabel, algún que otro Fajardo,... Jaime el Barbudo, Hilarito...

¡Cuántas cosas bonitas he visto, soñado, aprendido, en y desde mi ancha terraza de la calle de San Vicente!...

Manuel Arnaldos

Pero lo que son las cosas. Cada vez que vengo a descansar al pueblo, advierto que mi terraza se va quedando bajita y arrinconada. Cada verano, cuando subo por vez primera a mi terraza, me encuentro nuevos horizontes taponados con monstruosas moles de cemento, gigantescas chimeneas fabriles, nubes de antenas televisivas. Antes podía contemplar limpia y libremente una inmensa y sin par panorámica, escuchar las nocturnas serenatas de felinos y caninos, controlar los metódicos conciertos de todos los gallos del contorno. Ahora... apenas me van quedando resquicios milimétricos para olisquear un poco y aspirar unas pulmonadas de aire fresco y puro. Todo va quedando supeditado al ritmo de crecimiento vertiginoso de la otrora minúscula aldea de modestísimos labriegos.

¡Qué se le va a hacer! Es ley de naturaleza. El progreso no tiene entrañas, ni cuerdas líricas, ni pinceles mágicos. Ni las máquinas ni el cemento ni la técnica tienen alma para sentir los latidos del corazón de mi terraza pueblerina, que se va asfixiando entre horribles rascacielos y los gases corrosivos de mil motores de explosión, signos determinantes del progreso acelerado de una villa aprendiz de gran ciudad.